

quiere el Sr. Eraso la abolición de las quintas, no; la voluntad se da para querer el bien. Los derechos individuales se dan para descubrir la verdad social; el sufragio se da para buscar el bien social. ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde está el bien social? Hay dos escuelas aquí; hay aquí dos grandes escuelas separadas por dos ideales.

Hay una escuela que busca primero la tradición y después la libertad; hay otra escuela que busca primero la libertad y después la tradición; hay una escuela que quiere que los derechos individuales emanen de la ley; hay otra escuela que quiere que los derechos individuales sean ilegislables porque emanen de la naturaleza; hay una escuela que representa con justos títulos y con grandes fundamentos históricos los privilegios de las clases medias, y hay otra escuela que, con no menores títulos, representa los derechos de todas las clases sociales; hay una escuela que cree que la democracia debe estar todavía en tutela, y otra que cree, con razón, que es ya tiempo de emancipar á la democracia; hay una escuela que quiere una autoridad muy grande y una soberanía nacional muy pequeña, y hay otra escuela que quiere una soberanía nacional muy grande y una autoridad muy pequeña; hay una escuela que quiere centralización y ejército forzoso, y hay otra escuela que quiere descentralización y federación y ejército nacional; hay una escuela doctrinaria y otra escuela democrática: elegid la una ó la

otra, mas para acertar en vuestra elección comenzad por suprimir las quintas, que es la aspiración de la escuela verdaderamente democrática, porque las quintas son el horror y la abominación de los pueblos. He dicho.

---

#### RECTIFICACIÓN AL SEÑOR ALBAREDA.

Siento mucho que las condiciones del debate me obliguen á hablar estando el Sr. Albareda ausente, porque desearía contestar devolviéndole los saludos y las atenciones con que ha comenzado su discurso. Pero la Cámara, que le ha oído, que ha admirado su elocuencia, tiene ya formada una idea tan alta de él, que excusa los elogios míos. Y como quiera que aquí estamos bajo la ley del Reglamento.... (*El Sr. Albareda entra en el salón.*)

Decía yo que me eran muy gratas las atenciones que el Sr. Albareda había tenido conmigo al comenzar su discurso; lo atribuyo á la sincera y antigua amistad que me profesa.

Yo no seré ciertamente injusto si digo que el notabilísimo discurso con que el Sr. Albareda ha contestado al pobre mío, demuestra evidentemente la claridad de su inteligencia y sus altas dotes de orador y de político. Pero no creo yo que el Sr. Albareda tenga una gran confianza en la libertad. Y me



fundo para dudar de la confianza que en la libertad pueda tener S. S., en haberle oído al comienzo de su oración, que defendiendo al ejército defendía la libertad. ¡Ah! Todo se puede sostener, todo se puede defender con el ejército menos la libertad. Si los pueblos no tienen una clara idea de sus derechos, si no están decididos á cumplir con todos los penosos deberes que el ejercicio de la libertad les impone, si no estiman sus beneficios, en vano sostendríaís con el ejército una asamblea soberana y un gobierno que se llamara liberal, porque este gobierno, no encontrando en el pueblo nociones del derecho, la resistencia á la arbitrariedad, con todas esas magníficas frases, con todas esas magníficas constituciones, con todas esas fórmulas de libertad y democracia, sería un gobierno arbitrario, un gobierno militar, un gobierno de conquista, un gobierno de fuerza.

La libertad, la verdadera libertad, la libertad democrática, aquella que consiste en que cada ciudadano ejerza sus derechos, en que el gobierno nazca del ejercicio de esos derechos, esa libertad no puede sostenerse más que con el ejército de ciudadanos, con el ejército del sufragio universal, y para él los campos de batalla son mortales, y sólo es vivificante el campo de batalla que se llama lucha electoral.

El Sr. Albareda me decía que mi discurso era un paraíso, porque yo opongo á las luchas de la guerra, la lucha del trabajo. Y para convencerse de cómo es-

toy yo en lo justo, y cómo estoy yo en lo real, no hay más que estudiar la descomposición lógica de la idea de la guerra en la sociedad moderna.

En la sociedad de la Edad Media la guerra era de castillo á castillo, de calle á calle, de casa á casa, de familia á familia. No significan otra cosa los capuletti y los montechi de Shakespeare; los blancos y los negros del Dante; triste sociedad representada por aquella torre de Pisa, donde el desgracido Hugolino, víctima de venganzas guerreras, roe de hambre los cráneos de sus hijos.

Pero vienen los tiempos modernos, y las guerras toman diverso aspecto. Las primeras son las guerras religiosas; mas desde el instante en que la tolerancia se introduce en el derecho público de Europa, las guerras religiosas son imposibles y concluyen con la paz de Westfalia. Vienen después de las guerras religiosas las guerras dinásticas; viene la guerra de Felipe V por colocar sus hijos en los tronos de Italia; la misma guerra de sucesión de Felipe V; la de sucesión de María Teresa. Estas guerras internacionales dinásticas son hoy imposibles, porque las ha destruído el principio político de la soberanía nacional y el rápido procedimiento de las revoluciones. Los intereses populares se han sobrepuesto á los intereses dinásticos, y no habrá guerras exteriores dinásticas.

Y además se empeñan las guerras mercantiles. Casi todas las guerras inglesas han sido guerras



mercantiles: por las bocas del Escalda, por un puerto de Francia, por el impuesto del té en América.

Pues así como la tolerancia religiosa ha aniquilado las guerras religiosas; así como la soberanía nacional ha aniquilado las guerras dinásticas, y así como los tratados de comercio han aniquilado las guerras mercantiles, cada día serán más difíciles las guerras continentales, que son las únicas que quedan; cada día serán más difíciles, porque, quiera ó no quiera el señor Albareda, pésele ó no le pese, el movimiento del mundo, la aspiración de las ideas, es á fundar la república federal en todas partes, y á unir por lazos humanos todos los pueblos, especialmente los de este continente, que en el porvenir se llamará los Estados Unidos de Europa.

Me dice el Sr. Albareda que tenga yo más franqueza, y yo no puedo tener más franqueza. Yo le he dicho que no deseo la disolución del ejército, sino que deseo la transformación del ejército. Y me dice: «¿Dónde está ese ejército de ciudadanos que el señor Castelar propone?» En primer lugar, yo tengo la idea de que en todo gobierno democrático, en todo gobierno que representa la soberanía nacional y todas las aspiraciones de los pueblos, la fuerza debe suprimirse como una rueda inútil: y no hay fuerza en Inglaterra, á pesar de ser una monarquía, porque yo reconozco que aquella monarquía existe por el consentimiento del pueblo; y no hay fuerza en los Estados Unidos, que tienen 25.000 hombres del ejér-

cito para 40 millones de habitantes, colocados allá en el Oeste para evitar las irrupciones de los indios.

Han gastado los Estados Unidos 100.000 millones en su guerra, tanto como vale toda España; han puesto en pie de guerra millares de soldados, muchos de los cuales han muerto por el pobre y oscuro negro; y después, cuando han clavado el pabellón de la democracia en esa Babilonia de la aristocracia, en Rischmon, han disuelto ese ejército, y los soldados han ido á confundirse con los ciudadanos. Esos son los pueblos dignos de la libertad, esos son los pueblos dignos de la democracia.

Pero el Sr. Albareda me cita el ejemplo de Suiza, y lo que Suiza tuvo que sufrir de Francia. Pues qué, Suiza abierta, con el Ródano, con el Danubio y con el Rhin por sus fronteras; Suiza, lindando por un lado con Alemania, por otro con Francia y con Italia; Suiza, aun cuando sus dos ó tres millones de habitantes fueran ángeles, ¿podían contrarrestar, primero el inmenso empuje de la república francesa, y después la fatalidad del imperio? Aquel era el campo de batalla donde se citaban todos los pueblos, y por consecuencia, tenían que sufrir la suerte de todos los campos de batalla.

Sin embargo, hay muy cerca de ella un pueblo fuerte, que es el pueblo francés; y con toda su gloria, con toda su grandeza, con toda su riqueza, con toda su historia, espera de rodillas la libertad de un César, mientras que Suiza la conserva; y así como



envía los ríos de sus montañas al centro de Europa, envía también esperanzas de libertad y democracia á todos los pueblos; perennidad de sus libertades debida á la federación.

Pero ¿por qué nos salvamos nosotros sino por nuestro espíritu federal? ¿Por qué, sino por nuestro espíritu autonómico, por la independencia de nuestras provincias, independencia que no han podido matar tres siglos de absolutismo, que no han podido corromper cincuenta años de escuela doctrinaria? Pues qué, si aquí, con la libertad, hubiera caído todo como en Francia; si aquí, con la capital, hubiera caído todo como en Prusia, ¿no hubiéramos perdido la patria en una sola batalla?

Tanto lo creía así Napoleón, que cuando ganó la batalla de Ríoseco se imaginó que había conquistado á España; que cuando instaló á José II en Madrid, creyó que había puesto en el trono su dinastía. Pero no; aquí la capital no ha podido matar el federalismo; aquí la capital no ha podido matar las provincias; aquí la capital no ha podido matar la absorción de París. El día que no tuvimos á Madrid tuvimos Asturias, Galicia, Andalucía, Cataluña, que se levantaron, y al levantarse con el federalismo antiguo español, salvaron la patria como yo concluyo mi párrafo, á pesar de la campanilla del Sr. Presidente.

Yo no sé por qué el Sr. Albareda me ha citado el caso de intervención que tuvo Luis Felipe en el año de gracia de 1847 en Suiza. Esa intervención prueba

que la Casa de Luis Felipe ha sido siempre esclava del jesuitismo, más hipócrita aún que el de la antigua Casa de Borbón. Si, uno de los crímenes de Luis Felipe y de su familia fue el querer aumentar la intolerancia religiosa con la Liga de los católicos y con la Intervención, que se oponía al derecho de la libertad humana.

Puesto que el Sr. Albareda se ha aprovechado de mis ideas para atacar el federalismo, yo he de aprovecharme de sus afirmaciones para atacar á la rama segunda de Borbón, ó sea á la familia de Orleans.

Pero el Sr. Albareda, para defender el predominio del ejército, ha tenido que faltar á lo que su propio corazón le dicta, y por una serie lógica y encadenada de ideas, Sres. Diputados, ha defendido contra su propia conciencia el 2 de Diciembre.

He aquí á lo que obliga el faltar á las ideas liberales: á defender un orador, un publicista, un liberal, aquella conjuración pretoriana. He aquí á lo que obligan los principios antiliberales: á defender un Diputado constituyente un acto que ahogó en Francia el sufragio universal y la Asamblea del pueblo.

Me dice el Sr. Albareda que yo tengo una aspiración loca: yo no conozco más aspiración que la de querer restablecer la monarquía, y sostener sus compañeras las quintas. ¡Esa sí que es locura!

Pero dice el Sr. Albareda que aquí no se puede salvar nada sino por la coalición. Pues si no se puede



salvar nada sin la coalición, todo está perdido. Y añade que la coalición se ha roto porque sus amigos, los radicales han oído nuestros bellos discursos. ¡Pues si han estado sordos á ellos; si ha sido necesario que viniera cierta cuestión, que no quiero calificar, para que la coalición se rompiera! Pero la verdad es que la coalición estaba rota desde principios de la revolución, porque nunca pueden estar unidos principios enemigos y contradictorios.

---

## SEGUNDA RECTIFICACIÓN

AL SEÑOR ALBAREDA.

Yo me felicito de que mi humilde rectificación haya dado margen á la brillantísima y elocuente del Sr. Albareda. Pero me cumple rectificar una acusación dirigida á la democracia, que, como dirigida, debe ser contestada.

No ha tenido la democracia en América una guerra mercantil. Los aristócratas, los monárquicos, llevaron los negros, los esclavos; los demócratas, los descendientes de los puritanos, los verdaderos republicanos, no llevaron negros, no llevaron esclavos; esta planta no crece sino á la sombra maldita de la monarquía y de la aristocracia.

En cuanto á la guerra de Suiza, ¿no hemos tenido nosotros una guerra de siete años, siendo esto monarquía, en la cual realmente iba envuelta una cuestión religiosa? La guerra del Sunderbund no duró más que dos meses, y en ella el elemento teocrático se oponía á la libertad de conciencia; pero entonces el general Dufour, aquel ilustre general ciudadano, que todavía vive para honra y gloria de Suiza, su nuevo Guillermo Tell, su Washington, salvó á Suiza y afirmó sus libertades, y desde entonces no ha habido ninguna revolución. ¿Puede tener esto comparación alguna con lo que ha pasado desde 1847 en la monárquica España?

Vamos á otra cosa. Ha dicho el Sr. Albareda que el día en que triunfe la república á mí me ahorcan; pues yo digo que lo que ha perdido siempre al pueblo español ha sido un exceso de confianza en sus jefes. Si no hubiera tenido ese exceso de confianza en el general San Miguel, no se hubiera salvado la dinastía en 1854; si no hubiera tenido ese exceso de confianza en el Sr. Rivero, se hubiera fundado la república el año pasado. Por consecuencia.... (*Muchos Sres. Diputados: No, no.*) La historia lo dirá. Yo digo desde aquí á la democracia que no tenga fe en mi voz, que no tenga fe en mi palabra, que no tenga fe en mis opiniones, que no tenga fe en mi historia, y no me crean sino el día en que yo mantenga la república.

Por lo demás, esas guerras de los clubs, esas gue-



rras de los pactos, todo eso es pura creación de la fantasía del Sr. Albareda, de esa oriental fantasía de nuestra patria; no hay semejantes guerras, no hay semejantes contradicciones; hay una unidad perfecta; y si las hubiera, en el seno de toda sociedad libre hay también grandes contradicciones. Que tal vez me llamarán por esto reaccionario; me alegro; yo me alegraría de que me llamasen conservador y reaccionario, porque eso me demostraría que había de tal modo avanzado el espíritu en nuestra patria, que se había liberalizado de tal modo, que yo, dentro de dos años, venía á ser una especie de conservador; que me olvide, que me oscurezca la libertad, pero que el pueblo sea libre.

## DISCURSO

PRONUNCIADO EL DÍA 2 DE ABRIL DE 1870, EN CONTESTACIÓN Á VARIAS ALUSIONES DIRIGIDAS AL ORADOR EN EL DEBATE SOBRE LA ENSEÑANZA LAICA.

Señores Diputados: aunque tantas y tan diversas veces he sido aludido en este solemnísimo debate, no tema la Cámara que la moleste mucho tiempo. Es tarde; debemos irnos pronto; ayer tuvimos otra sesión larguísima, y yo no intento más que exponer algunas consideraciones políticas indispensables para explicar nuestra conducta en este debate y en este momento.

A pesar de las benévolas, más que benévolas, li-sonjerísimas frases que los Sres. Moreno Nieto y Rodríguez me han dirigido, yo no puedo entrar en el fondo del asunto que discutimos por consideración á la hora y por respeto al Reglamento. Algo debo decir, y algo diré al Sr. Moreno Nieto.

Su Señoría, con esa elocuencia mágica y casi sin rival que le es peculiar, nos preguntaba á los que profesamos el principio de que la escuela debe ser laica, si queremos suprimir toda suerte de ideas religiosas,